

LA MUJER EN LA VIDA SOCIAL Y RELIGIOSA

DE LOS INDIOS CHIRIGUANO

POR A. MÉTRAUX

La mayor parte de los datos que poseemos de las tribus primitivas de América se refieren a su civilización material, a su religión y a su organización social, pero escasamente hallamos apreciaciones imparciales y agudas respecto de psicología y reglas de moral que rigen en su vida diaria. La observación de los indígenas, de su comportamiento entre ellos y con relación a todos los problemas de la existencia, es sin embargo de alta importancia. Únicamente, apuntando todos los rasgos característicos de una costumbre, por insignificantes que sean, se logra alcanzar una justa estimación de la atmósfera moral, en la que se mueven los miembros del grupo estudiado. El conocimiento de sus reacciones y de sus actitudes psíquicas facilita considerablemente la interpretación de muchas costumbres o creencias, que comparadas con las de otros pueblos nos permite esbozar un cuadro exacto de la mentalidad del salvaje.

Tal estudio es, naturalmente, difícil y requiere mucha erudición etnográfica, mucha imparcialidad, una inteligencia penetrante y sutil y un cierto dominio sobre los propios sentimientos. La principal cualidad precisa para llevar a cabo tal estudio es, sobre todo, una gran *simpatía humana*. Naturalmente, los que han tenido la suerte de vivir varios años entre pueblos primitivos tienen más cualidades que otro cualquiera, para explotar sus observaciones, pero aun una corta estada en una tribu nos ofrece la posibilidad de hacer observaciones interesantes que pueden ser de provecho para la etnografía. Con estas líneas me propongo exponer ciertos aspectos de los problemas de orden social y moral, que nos ofrece el estudio de la vida primitiva, eligiendo como tema la condición de la mujer entre los Chiriguano y la moral sexual de estos indios. Los datos que siguen son en parte sacados de apuntes propios, y en parte de obras modernas o antiguas que tratan de los indígenas de esta región.

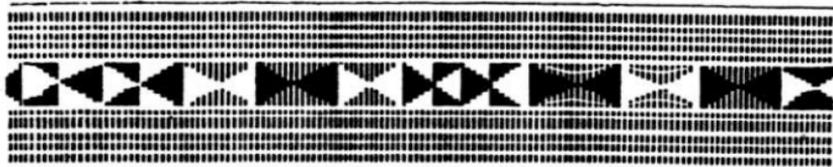
CARÁCTER E INTELIGENCIA

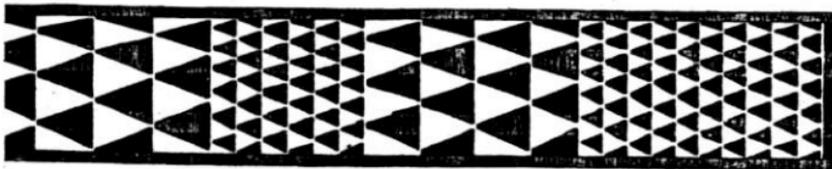
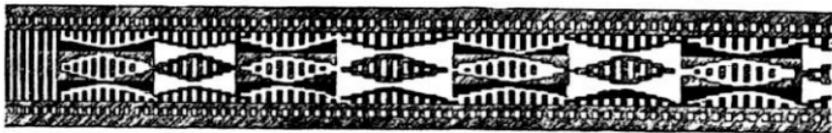
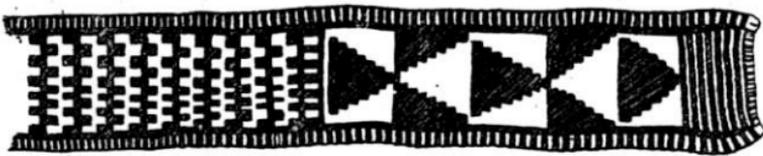
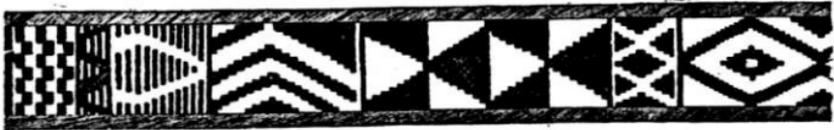
Pocas indias me han hecho una impresión tan favorable como las Chiriguano. Cuando jóvenes, son muy bonitas, aun desde el punto de vista europeo. Su cutis es un tanto moreno, la nariz a veces derecha y fina, el cuerpo bien proporcionado y las piernas admirables. Su limpieza, casi diría su manía por la limpieza, contribuye mucho a aumentar su aspecto agradable. Se lavan y se jabonan por lo menos dos veces por día, y dedican a su cabello cuidados meticulosos. Sus cabellos muy bien peinados y separados por una raya van atados sobre la nuca por una cinta que da vuelta a la cabeza y se anuda graciosamente en la frente. Su traje es elegante: disimulan el cuerpo con el *tipoy*, túnica sin mangas suspendida de los hombros. Antaño estas bolsas abiertas por los dos extremos, eran de algodón, pero hoy en día, el tejido original ha sido reemplazado por vulgar *chamalote* que los sirios venden a los indios. Por mala que sea la calidad de estos tejidos manufacturados, las mujeres Chiriguano manifiestan al elegirlos un buen gusto innato. Gustan de los colores azul, negro, a veces del colorado, que armoniza muy bien con su cutis. Las más acaudaladas se ponen, uno encima de otro, varios *tipoy* para conseguir así formar orlas de distintos colores. Varias veces tuve ocasión de constatar personalmente la intuición que tienen las Chiriguano para apreciar la ventaja de la sobriedad en los adornos. Llevaba para cambalachear varias sortijas y aros de latón comprados en las tiendas de los sirios. La mayor parte de estas chucherías, con diamantes colosales y dorados complicados, eran feísimas y sólo podían halagar a una humanidad tan inferior como la de los cholos bolivianos. Las indias, por lo general, desdeñaban estos ornamentos groseros y elegían los aros más sencillos. Los pendientes negros eran los que más apreciaban y debe reconocerse que les sentaban perfectamente. En cuanto a pañuelos, los negros y los azules eran los que más éxito tenían. Estoy convencido de que si se hubiera exigido a una señora de nuestra sociedad elegir lo que más le agradaba entre todas estas chucherías, su gusto hubiese concordado con el de las indiecitas. Ninguna duda cabe de que las Chiriguano son coquetas. Casi siempre, cuando las quise fotografiar no lo consintieron hasta no estar ataviadas como para los días de fiesta. Aquella circunstancia me permitió admirar su rico y bien abastecido guardarropa. Una joven tenía más de quince *tipoy* de diferentes tonalidades. Algunos eran de seda imitación, otros de terciopelo. Pero la mayor variedad se encuentra en la fajas que usan las indias y que presentan hermosos motivos decorativos de carácter geométrico.

Es más difícil conocer a las mujeres Chiriguano que a los hombres, por la simple razón del número escaso de ellas que hablan el castellano.



Motivos decorativos de las fajas de las indias toba pilaga. (Sombrero Negro, Formosa)







Mujer toba pilaga sacando agua



Mujeres toba pilaga acarreando agua



Mujer toba pilaga sacando agua



Mujeres toba pilaga acarreando agua



Mujer toba pilaga sacando agua



Mujeres toba pilaga acarreando agua

Huyen de los extranjeros y no se puede observarlas sino guardando distancias.

Por lo general, me han dado la impresión de ser amables, de carácter fácil y alegre y dotadas de un inagotable buen humor. Trabajan mucho, pero parecen aceptar su labor como algo natural. Se dedican a ella sin protestar. No cabe duda que son mucho más vivas y diligentes que los hombres.

Las mujeres Chiriguano poseen también gran habilidad manual. En las misiones se les enseña a bordar y a tejer encajes. Aprenden con asombrosa rapidez y las hermanas franciscanas que en ello se ocupan no tienen sino palabras de elogio para su aplicación y su destreza. Desgraciadamente, los motivos que se les da a copiar no son del mejor gusto y, a veces, hasta son francamente ridículos. Todos los ornamentos de la iglesia de Tarairí han sido ejecutados por indias Chiriguano, así como las casullas y las dalmáticas del sacerdote. Varias veces tuve ocasión de constatar la prodigiosa paciencia y la seguridad de mano que tales trabajos representan, y no se puede dejar de admirar las notables disposiciones de niñas que a veces no llegan a la edad de los diez años.

DIVISIÓN DEL TRABAJO

En virtud de la ley de división del trabajo entre los sexos, he aquí las ocupaciones que incumben a la mujer Chiriguano: la pesca en aguas poco hondas, la cosecha, la cocina, el abastecimiento de agua, la preparación de bebidas fermentadas, la cosecha de frutas silvestres, el tejido, la tintorería, el trenzado de las cintas, la cría de ganado, la costura.

¿Cómo desempeña estas actividades? La pesca es para ella una oportunidad de ayudar al marido únicamente, y no puede ser considerada como un deber. Cuando los hombres siembran, las mujeres les ayudan. La cosecha representa para ellas un duro esfuerzo, pues tienen que transportar desde las chacras a su aldea pesadas cargas de maíz. En comparación con las otras tribus americanas, las mujeres Chiriguano desempeñan un papel muy poco importante en la agricultura, que está, por lo común, reservada a los hombres, interviniendo aquéllas únicamente en los trabajos de desmonte. Esta anomalía puede explicarse por una influencia de la región andina, en la cual la agricultura es tarea más de los hombres que de las mujeres.

Durante las semanas que preceden a una fiesta, las mujeres tienen mucho que hacer: deben ir a sacar grandes cantidades de agua para la preparación de la chicha, traer de los campos pesadas cargas de maíz y transformarlas en harina. Todas estas tareas son penosas y cansadoras, y el viajero que llegara a una aldea Chiriguano en aquel momento experi-

mentaría por estas laboriosas criaturas un sentimiento de verdadera conmiseración. Pero en realidad, no debemos compadecer a las mujeres Chiriguano más que a una dueña de casa atareada en recibir dignamente a sus huéspedes. Las mujeres preparan la chicha con la pasión y el cuidado de una esposa que quiere sostener la fama de su casa, y a la que nada puede distraer de sus funciones casi sagradas.

Los hombres no andan ociosos, lejos de ello. Desde por la mañana hasta la noche, van al monte en busca de leña con que alimentar las inmensas fogatas que arden día y noche alrededor de las tinajas de chicha. También ayudan a las mujeres a desgranar maíz. En la vida cotidiana, moler maíz y acarrear agua son las dos ocupaciones penosas que incumben a las mujeres; no tratan de eludirlas y cumplen con ellas concienzudamente. He visto a veces mujeres que para no perder el tiempo iban a sacar agua del río, llevando una calabaza llena de maíz que mascaban durante el trayecto a fin de convertirlo en fermento para la chicha.

Cuando muelen el maíz, están muy a menudo acompañadas de una pariente o una amiga que las ayuda. En sus ratos perdidos los hombres las ayudan en sus pequeños quehaceres domésticos.

La cerámica Chiriguano y Chané es, como la de algunas tribus del alto Amazonas y de las Guayanas, la última que ha conservado las grandes tradiciones artísticas de pueblos hoy en día desaparecidos o degenerados. Como en la mayor parte de las tribus indias de América, este arte es del exclusivo dominio de las mujeres. La admiración que suscita la ornamentación elegante de estos vasos debe atribuirse a las mujeres que han sido sus artesanas. La única forma artística de cierto valor que se manifiesta en esta tribu, es, pues, exclusivamente femenina y constituye un exponente del buen gusto, de la seguridad de mano y de la fidelidad de las mujeres a la tradición. Todas no tienen las mismas disposiciones y en cada pueblo existen especialistas que se consagran a esta industria. Las que hoy en día descuellan son muy pocas y casi siempre mujeres de edad avanzada.

El arte del tejido es bastante rudimentario aún y los telares de un tipo primitivo llamado Arawak. Lo mismo que la cerámica, constituye una actividad femenina. Los tejidos que elaboran son toscos y con adornos sencillos. Hay que añadir en su defensa que la introducción del *chamalote* ha tenido como consecuencia la casi desaparición de esta industria, y hoy en día las aldeas chiriguano sólo fabrican algunos ponchos criollos.

La cría de ganado interesa únicamente a los Chiriguano suficientemente ricos como para comprarse vacas u ovejas. El aumento de trabajo que esto representa es insignificante.

Si es de presumir que las mujeres Chiriguano desempeñan cierta

influencia en la vida social, raras veces ascienden a la dignidad de *tubischa* o de cacique. Ningún obstáculo de principio se opone, sin embargo, a su elección. El Padre Gianecchini cita a una india llamada *Arabussai*, hermana de un *tubischa* regional quien, a falta de herederos directos, fué nombrada cacique (1). También me han asegurado que los indios del valle de Igüembé viven bajo el mando de una « capitana », hija del famoso Maringay.

A la par de los *medecine-man*, casi en cada aldea Chiriguano hay una mujer entendida en el arte de curar o que hace profesión de hechicería (2). En el Pilcomayo vi una curación emprendida por una de estas hechiceras: curaba con su soplo y su saliva como cualquier profesional masculino. Los Chiriguano acusan muchas veces a las mujeres ancianas de valerse de venenos para matar a un enemigo. Es casi imposible saber si se trata de remedios que tienen una eficacia real o si son venenos mágicos que actúan en virtud de sus propiedades místicas (3).

EL MATRIMONIO

Casi todos los Chiriguano contemporáneos tienen una sola mujer. Durante mi viaje en que visité casi todos los pueblos de esta nación, no he podido constatar sino dos casos seguros de poligamia. Tanto en el uno como en el otro se trataba de caciques. Santos Airedyú, el más poderoso de los jefes Chiriguano actuales, mantenía en su casa ocho esposas y se le atribuía otras en distintas aldeas de su territorio. El viejo cacique de Carurutí, en el valle del mismo nombre, era servido por dos mujeres, una joven que vivía con él y otra de más edad que tenía una choza separada. Un indio del mismo pueblo me aseguró tener dos mujeres, una que habitaba con él y otra que permanecía en una aldea distante unos 25 kilómetros más o menos. Cuando le pregunté por qué no vivía junto con sus dos mujeres, me contestó señalándome a su esposa: « Es muy mala, y si la otra viene, le pegará y la matará. » A pesar de aquella confirmación no estoy convencido de la veracidad de mi interlocutor. Tal vez haya querido « darse corte ».

Parece que antaño la poligamia estaba más difundida. El Padre Chomé, en su informe escrito en el siglo XVIII, asegura que las uniones eran poco estables y que los Chiriguano después de haber vivido dos años

(1) DOMENICO DEL CAMPANA, *Notizie intorno ai Ciriguani*, en *Archivio per l'Intropologia e la Etnologia*, XXXII, 49, Firenze, 1902.

(2) Como el oficio de *medecin-man* es a veces hereditario, puede suceder que la hija de un mago conserve el oficio de su padre.

(3) BERNARDINO DE NINO, *Etnografía Chiriguana*, 151, La Paz, 1912.

con una mujer en un pueblo, la abandonaban para contraer un nuevo matrimonio en otra aldea (1). Añade que tienen hijos en todas partes. Para quien conoce el carácter Chiriguano, la observación del antiguo misionero parecerá un tanto superficial. Los datos suministrados por el Padre Gianecchini merecen más crédito, tanto más que conciernen a una época en que los Chiriguano no estaban todavía en decadencia como hoy en día (2). « Los Chiriguano tienen fácilmente dos mujeres que son por lo general dos hermanas o una madre con su hija (3). Las muchachas jóvenes detestan esta clase de unión y se cita el caso de una que se suicidó antes de consentir en semejante matrimonio. » Este solo hecho comprueba que las relaciones sexuales de un padrastro con su entenada constituyen una excepción y posible sólo cuando el hombre se casa con una viuda. He aquí lo que el Padre Nino dice al respecto : « Cuando una madre de familia queda viuda en su edad madura, pasado el año de viudez, si fué esposa respetuosa, fácilmente puede casarse nuevamente; con mucha más razón si tiene alguna hija, aunque sea pequeña. El Chiriguano se casa con la madre con la esperanza de poder casarse con la entenada, cuando llegue a la edad competente. Si al tiempo de casarse con una viuda la entenada es de mayor edad, difícilmente consigue su intento, porque las mozas aborrecen esta clases de uniones a pesar de que su madre para no ser repudiada, muchas veces sirve de alcahueta a los torpes deseos del marido. La entenada, en la imposibilidad de librarse de las malas intenciones de su padrastro, emprende la fuga para otra tribu y si no puede conseguir esto, se quita la vida con suicidio » (4).

Naturalmente, esta última generalización debe considerarse como una de las tantas exageraciones del buen padre.

Aún en tiempos del viaje de Nordenskiöld había numerosos Chiriguano que poseían varias mujeres. Eran por lo general hombres de edad, casi siempre jefes, pero nunca jóvenes. La poligamia está estrechamente asociada a la dignidad de cacique. El P. Corrado conoció a un *tubischa* que tenía doce esposas (5). Vocupoy, cacique de los Chané,

(1) IGNACE CHOMÉ, *Lettre du Père... missionnaire de la Compagnie de Jésus, au Père Vanthienne, de la même Compagnie, 3 octobre 1735*, en *Lettres édifiantes et curieuses écrites des Missions étrangères*, VIII, 333, Paris, 1731.

(2) DEL CAMPANA, *ibid.*, 66-68.

(3) « Estos [los bígamos] de ordinario están con la madre y la hija o bien con dos hermanas; porque el interés de poseer a la más moza los mueve á ayuntarse con la más anciana » (ALEJANDRO M. CORRADO y ANTONIO COMAJUNCOSA, *El Colegio franciscano de Tarija y sus misiones. Noticias históricas recogidas por dos misioneros del mismo Colegio*, 52, Guaracchi, 1884).

(4) NINO, *ibid.*, 205.

(5) CORRADO y COMAJUNCOSA, *ibid.*, 52.

tenía cuatro que vivían separadamente. Numerosas fueron, según dicen, las esposas del famoso Mandepora. Tanto más fácil era para los jefes contraer enlace a su antojo cuanto que ninguna mujer podía rehusarse cuando la pedían en matrimonio (1). Este derecho parece haberse mantenido, por lo menos, para Santos Airedyú. Los caciques no solamente tenían mujeres en su pueblo, sino también en las aldeas de su jurisdicción.

La poligamia de los caciques Chiriguano no puede, sin embargo, compararse a la de los reyezuelos africanos: los *tubischa* o los ricos no mantienen harenes, sino que se procuran una nueva esposa cuando la que tenían anteriormente dejaba de agradarles o se hacía demasiado vieja. Sin embargo, las ocho esposas de Airedyú me parecieron bastante jóvenes y sin duda las diferencias de edad entre ellas no debían ser muy considerables.

La poligamia de los grandes jefes Chiriguano no es solamente el resultado de su mayor riqueza, de su influencia y de su poder; corresponde también a una necesidad económica. Para mantener su reputación están obligados a dar a menudo fiestas suntuosas durante las cuales se consume gran cantidad de chicha. La elaboración del brevaje exige la colaboración de muchas mujeres y esto impone a quien quiere sostener su fama de generosidad la obligación de tener a su lado esposas que puedan prestarle su concurso (2).

Los indios Chiriguano se casan jóvenes: las mujeres a los catorce o quince años y los jóvenes algunos años después. Fuera de los casos aquí mencionados, las mujeres no parecen ser mucho más jóvenes que sus maridos.

Los Chiriguano modernos son endógamos, es decir, que se casan por lo general en el mismo pueblo donde viven con la única condición de que la mujer no sea su pariente. Entre los Chané, las uniones entre primos están autorizadas (3). Jamás una mujer Chiriguano contraerá enlace con un Toba u otro indio chaqueño: sería para ella una deshonra inaudita tener relaciones con gente que los Chiriguano califican desdeñosamente de « Indios ». Tampoco se entregan gustosas a los blancos y las que tienen comercio con ellos son menospreciadas y no hallan un hombre de su raza que quiera casarse con ellas.

(1) GIOVANNI PELLESCI, *Otto mesi nel Gran Ciaco. Viaggio lungo il fiume Ferniglio (Rio Bermejo)*, 94, Firenze, 1881.

(2) DEL CAMPANA, *ibid.*, 65. El Padre Nino considera este argumento que justificaría la poligamia de los caciques como desprovisto en absoluto de valor. Dice, no sin cierta razón tal vez, que los caciques pueden exigir de todas las familias del pueblo que les fabriquen chicha cuando la necesitan.

(3) ERLAND NORDENSKIÖLD, *Indianerleben. El Gran Chaco (Südamerika)*, 212, Leipzig, 1912.

Un buen número de Chiriguano se casan por amor. Como son indios de carácter bastante abierto, tienen cierta tendencia a manifestar libremente sus sentimientos íntimos y el viajero que los visita puede sorprender escenas que echan una viva luz sobre su vida afectiva. Una vez observé a dos enamorados que estuvieron sentados el uno al lado del otro mirándose horas enteras como si quisiesen hipnotizarse. Creo haberlos visto besarse, lo que sin embargo no es costumbre india (1). Recuerdo también haber llegado a una aldea Chiriguano pocas horas antes de que saliese la población masculina que había sido conchabada para construir un camino militar. Los jóvenes casados o enamorados estaban sentados juntos, agarrados de las manos y contemplándose con ternura. Algunas parejas estaban tendidas sobre los catres y permanecieron así horas enteras estrechamente abrazados sin hacer el menor movimiento. Mi llegada aunque sensacional y los negocios que los demás realizaban no los distrajerón y por nada quisieron perder algunos minutos del corto espacio de tiempo que les quedaba para estar juntos.

Sucede, a veces, cuando los padres se oponen a su matrimonio, que las muchachas huyen con sus galanes y van a vivir a otra aldea o en la casa de los parientes del joven. No vuelven sino después de casados (2).

En el siglo XVIII, según el Padre Chome: « Cuando un Indio quería casarse con una India, trataba de granjearse su voluntad regalándole productos de su cosecha y su casa, después colocaba delante de su puerta un atado de leña: si la mujer lo cogía y lo entraba en su choza, era seña que el matrimonio estaba hecho, sino lo dejaba afuera, el indio tenía que arreglárselas y buscar de casarse con otra » (3).

Estas prácticas se han conservado hasta nuestra época. Vocaboy, cacique de los Chané, contó a Nordenskiöld que el pretendiente, además de carne de animales monteses, coloca delante de la puerta de su novia un montón de leña (4). Si lo quemar es buena seña, si por el contrario queda intacto, es que se rehusa el noviazgo. En el primero de los casos, el galán va a hacer su pedido a la madre de la joven. Esta por lo general le contesta que no puede saber si será un buen marido capaz

(1) El beso es desconocido de los Chiriguano. Cuando les obligan a besar la mano del obispo, por ejemplo, la olfatean o la apretan contra la boca. « Las mismas madres no besan á sus hijos, sino que los chupan, y para denotar esta acción usan la palabra *ipitte*, gustar, que por analogía, significa también besar (SANTIAGO ROMANO y HERMAN CATTUNAR, *Diccionario Chiriguano-Español y Español-Chiriguano compilado teniendo a la vista diversos manuscritos de antiguos misioneros del Apostólico Colegio de Santa María de los Angeles de Tarija y particularmente el Diccionario Chiriguano etimológico del R. P. Doroteo Gianneckini*, 65, Tarija, 1916).

(2) NINO, *ibid.*, 207.

(3) CHOME, *ibid.*, 333.

(4) NORDENSKIÖLD, *ibid.*, 212.

de mantener a su esposa y para dar una prueba de sus capacidades tiene que servir durante un año en casa de su futura suegra.

Los misioneros Giannecchini (1) y Nino (2) mencionan otras costumbres relacionadas con los preliminares del casamiento y que completan las citas anteriores. Si los jóvenes enamorados han decidido casarse, las formalidades son simplificadas: basta conseguir la autorización de los padres de la muchacha; si el pretendiente no se anima a requerirlos personalmente, acude al subterfugio siguiente: Espera el momento en que la joven y sus padres están reunidos en su choza o en el campo y se acerca a ellos cantando en voz alta la estrofa siguiente: *Chilipe, chilipe, aramoi, ruguereko ne, aramoi ruguereko che ne*. «O prima, prima mía, tal vez me casaré contigo, tal vez no me casaré». Los padres preguntan entonces a la muchacha: ¿Quién es la persona que llama «prima», serás acaso tú? La muchacha se alborota, se sonroja y si todos estallan de risa es señal de que no ponen reparos al casamiento.

En circunstancias análogas la joven canta para el joven un estribillo idéntico y todo se vuelve a repetir en la misma forma.

Otro método para declararse consiste en ir cada noche a casa de los padres de la joven. Estas visitas son mudas hasta que el padre o la madre de la chica le preguntan el motivo de sus asiduidades. El joven, por lo general, se muestra un poco avergonzado, pero si nota que tiene probabilidades de éxito vuelve y lleva de regalo productos de su chacra o de la caza.

A veces el joven acude a un tercero para hacer su requerimiento. Su emisario va a fumar en la choza de la joven de la cual se ha enamorado su amigo. Si el padre le pregunta lo que quiere, expone el fin de su visita llamando a su interlocutor «tío» y encareciendo todas las virtudes del pretendiente. El padre siempre empieza por relusar pretextando que está demasiado viejo y que su hija es su único consuelo o dando otras razones de esta índole. El emisario no se desanima y vuelve otro día. El padre, entonces, se muestra menos intransigente y sólo exige que el candidato a la mano de su hija prometa no pegarle, cuidarla y mantenerla. Todavía falta conseguir el consentimiento de la madre que se hace de rogar pero que acaba por dar su aprobación. El delegado va en busca de su amigo y le rinde cuenta del feliz éxito de sus gestiones. El novio va entonces al monte para buscar leña que deposita cerca de la choza de su futura esposa. Ella prepara algún plato y desde entonces el matrimonio es considerado legal. Este último detalle es referido distintamente por el Padre de Nino: el novio durante todo el tiempo que duran las gestiones pone cada mañana un atado de leña delante de la puerta

(1) DEL CAMPANA, *ibid.*, 67.

(2) NINO, *ibid.*, 205-207.

de los padres de la joven, quienes lo toman sin que esto comprometa.

Si los padres consienten y si la joven ama al pretendiente, éste puede venir a dormir con ella durante cuatro o cinco noches, pero nunca se presenta de día en la choza. Al cabo de estos días, se sientan ambos delante de la choza para recibir los parabienes de los amigos del marido y afrontar sus preguntas chistosas. Poco tiempo después de esta ceremonia, la madre del joven prepara chicha y convida a los jóvenes casados para que vengan a comer y beber en su casa. Aprovecha la oportunidad para darles varios consejos y los despacha al anochecer. Los recién casados hacen a su vez una fiesta a la que convidan a todos sus amigos y parientes.

Los datos obtenidos por Nordenskiöld difieren en algunos detalles de las indicaciones que el Padre Giannechini y el Padre de Nino nos suministran sobre la ceremonia del matrimonio propiamente dicho (1). El joven estaría autorizado a dormir con su mujer únicamente la noche que precede al casamiento, el que es celebrado con una borrachera general y sin ningún rito particular. Los asistentes hacen votos por la felicidad de los jóvenes que se quedan en la casa de la suegra por algún tiempo.

Contrariamente a lo que asevera el Padre Chomé, las uniones parecen ser estrechas y casi siempre sólo disueltas por la muerte. Según el Padre Nino, el hombre, si quiere, puede repudiar fácilmente a su mujer: lo consigue con el desprecio en palabras mordaces llamándola *Kuña pochi*, « mujer mala », *Kuña imukere*, « mujer perdida », buena solamente para encender fuego (2). Si el hombre es perezoso por demás, es la mujer quien lo abandona y se va con otro. En este caso los hijos la acompañan. Si es repudiada, el marido tiene que devolverle los bienes que trajo al casarse; ella por su parte tiene que devolver cuanto recibió de su marido.

« Los subalternos en su generalidad son bigamos, pero no se vuelven tales desde su juventud, cuando apenas son como el picaflo, sino a los cuarenta o cincuenta años; esto sucede cuando la primer mujer es más vieja que él, o ha captado la simpatía de otra más moza que lleva a su casa tan luego como la tiene en pacífica posesión: ordena en seguida a la vieja que la respete. Si ésta se calla y consiente, queda trabajando y sirviendo a su rival por el interés de la comida, si no se calla, recibe una buena dosis de palos, es arrojada de la casa y no vuelve a entrar a ella. Pero hay mujeres varoniles que no permiten la profanación de su hogar donde viven desde años y tienen hijos de ambos sexos; entonces queda abandonada, porque el hombre se traslada a la casa de la segunda » (3).

(1) NORDENSKIÖLD, *ibid.*, 214.

(2) NINO, *ibid.*, 208. El padre Giannechini (*Diccionario*, etc., 32) dice, igualmente, que tienen « la facilidad de divorciarse por el más pequeño capricho o niñería. El hombre exige fidelidad y sujeción a su mujer; mas no la guarda ni la tiene para ella, alegando por toda razón de ser hombre ».

(3) NINO, *ibid.*, 205 y siguientes.

El Padre de Nino completa estos datos en una nota : « En la casa del polígamo o bígamo, la que ordena y dispone como dueña y patrona, es la más anciana, toda vez que previno el pensamiento de su marido; pues como sabe su incontinencia irremediable, para no perder su autoridad en casa, aconseja un segundo y tercer enlace, etc., y entonces el señor de todas ellas impone el respeto debido a la más anciana » (1).

Naturalmente, para utilizar científicamente las aseveraciones del Padre de Nino, hay que tener siempre en cuenta que trata con verdadera puerilidad de difamar a los indios para ensalzar la influencia benéfica de las misiones.

Si los celos provocan entre los hombres terribles reyertas, no tienen siempre tanta agudeza entre las mujeres. Las diferentes esposas de un cacique parecen convivir en armonía. Las ocho esposas de Santos Airedyú se ayudaban en los trabajos caseros y no he notado animosidad en las relaciones entre las dos esposas del « capitán » Karnapadyú, de las cuales, la una, la más joven, era netamente la preferida.

Las mujeres son, por lo general, muy bien tratadas, gozan de mucha autoridad y de consideración y no creo que haya muchos matrimonios europeos en los cuales haya tanta armonía y afección mutua.

El amor conyugal de los Chiriguano es tan fuerte que no ha pasado desapercibido de cuantos han tratado estos indios. Ya en los últimos años del siglo XVI, Barco Centenera decía en su famoso poema *La Argentina* :

Es cosa de notar de aquesta gente
en como a su muger ama el marido,
que ni hijos, ni padres, ni pariente
en tanto tiene : y sé que ha sucedido
venir tras su muger muy diligente,
y dar en truenco un hijo muy querido.
El Indio con tristeza lastimera,
por verse sin su dulce compañera.

Zeloso suele ser y recatado
El Indio con la India que es su amada,
y dó quiera que va la lleva al lado
en tanto que no ve que está preñada :
Después suele decir : ya está ocupado
el vientre, y ocupada la posada,
si mi muger no hubiere de guardarse
mi obra ya no puede despintarse (2).

(1) NINO, *ibid.*, 204, nota 1.

(2) MARTÍN DEL BARCO CENTENERA, *La Argentina*, en PEDRO DE ANGELIS, *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*, II, 264, Buenos Aires, 1910.

El amor entre los jóvenes perdura a veces más allá del matrimonio durante muchos años. En Carurutí, la hija del « capitán » y su marido formaban una pareja ideal de recién casados sentimentales : no se apartaban un negro de uña; se daban palmaditas afectuosas, mirábanse extáticos y dormían estrechamente unidos. Tenían sin embargo un niño de un año y la luna de miel había pasado.

Este amor conyugal halla su expresión más violenta en los casos de enfermedad o de muerte de uno de los cónyuges. « Si el enfermo es un hombre casado, la mujer permanece continuamente a la cabecera, lo sostiene en sus rodillas, le mece el vigoroso cabello y le hace caricias por el rostro, mientras lágrimas furtivas y silenciosas se deslizan en abundancia por las mejillas » (1). Los lloriqueos de la viuda, si bien tienen en gran parte una significación ritual, expresan sin embargo un dolor verdadero y seguramente profundo.

LA MORAL SEXUAL

El sentimiento del pudor está desarrollado en las mujeres chiriguano. El *tipoy*, a despecho de la indignación de los misioneros, es muy decente. Cuando se agachan las mujeres cuidan siempre de estirarlo sobre las piernas, y seguramente se verían muy avergonzadas si mostrasen algo mas arriba de la rodilla. Cuando me hice amigo de los indios del pueblo de Carurutí, algunas mujeres ya no se avergonzaron de presentarse con el torso desnudo. Debo añadir que no eran las más jóvenes ni las más bonitas. Las indias de las Misiones son aún más reacias para mostrar sus senos, lo que en forma alguna constituye una prueba de una moralidad superior. Como lo observa muy acertadamente Nordenskiöld, la moralidad disminuye en relación con el sentimiento del pudor. Por una curiosa contradicción, las mujeres chiriguano no sienten ninguna vergüenza en orinar en público, aunque los hombres siempre se apartan y se ocultan. En el Pilcomayo, asistí por casualidad al baño de las mujeres; mi presencia no parecía molestarlas mayormente, pero, sin embargo, no salieron del agua antes de que me hubiese alejado.

Las relaciones sexuales no se producen a la vista de terceros como sucede en los pueblos del Chaco vecino. Naturalmente la vida íntima de estos indios no puede rodearse del secreto de la nuestra y los niños desde bien chiquitos conocen los misterios de la generación.

Es muy difícil para un extranjero juzgar de la moralidad sexual de una tribu si ignora su idioma. Para documentarme al respecto, me dirigí a misioneros franciscanos que por su condición tienen la oportunidad

(1) NIXO, *ibid*, 290.

de conocer todos los secretos de sus feligreses. Las informaciones que dieron me decepcionaron a menudo por su carácter parcial y contradictorio. Cuando quieren oponer los indios a los colonos, aquéllos son ángeles de virtud y de bondad, pero si quieren por lo contrario ensalzar sus esfuerzos y sus luchas contra el paganismo, los indios ya no son más que brutos inmorales, dotados de todos los vicios de la creación. De este montón de informaciones apasionadas, extraje las apreciaciones siguientes: las mujeres Chiriguano observan una moral sexual que en virtud de nuestros conceptos, podemos calificar de pura. Casi todas se casan vírgenes y la muchacha que hubiese tenido relaciones sexuales antes del matrimonio puede difícilmente encontrar marido. En cuanto a las que han fornicado con un blanco, más vale para ellas irse del pueblo. Los Chiriguano son celosos y vigilan severamente a sus esposas. Durante sus ausencias anuales por los ingenios argentinos, exigen de sus mujeres una conducta intachable. Si llegara a su conocimiento que la mujer ha cometido un desliz, por insignificante que fuese, la castigarían y hasta la abandonarían. Hasta el hecho de bailar con otro hombre constituye una falta. Sucede a veces que hombres que salieron para la Argentina no vuelven más. Sus mujeres esperan, como Penélope, ocho o diez años sin atreverse a tomar otro marido.

En lo que se refiere al temor que sienten las mujeres Chiriguano a comprometerse con los blancos, tuve varias veces la ocasión de constatarlo: en un campamento Chiriguano los alimentos cocinados por las jóvenes me eran servidos por unas viejas feas. En todos los pueblos, las jóvenes no se acercaron a mí y consideraban cada regalo con desconfianza. También se dejaban fotografiar de mal grado y siempre me costó mucho trabajo granjearme su confianza.

Nordenskiöld dice también: «Creo, pero tal vez me equivoque, que estas mujeres son castas antes del matrimonio. Entre los 500 Chaneses del Itiyuro había un sólo niño nacido de una mujer soltera (1). El mismo autor admira la estricta moralidad observada en los pueblos Chiriguano. «La aldea de Maringay es típica a este respecto. Impera allí una moralidad tan severa que en ninguna parte he visto su equivalente. En los pueblos puramente paganos nunca sucede que una muchacha sea ofrecida a los miembros de la expedición como pasa a veces en las misiones» (2).

Un aventurero americano que a mediados del siglo XIX pasado buscó refugio durante un mes entre los indios Chiriguano de la región de

(1) NORDENSKIÖLD, *ibid.*, 207. En el mito de los Mellizos divinos, cuya versión Chiriguano recogí, la joven seducida por el dios Tatu fué expulsada de su casa por su madre indignada.

(2) NORDENSKIÖLD, *ibid.*, 214.

Yacuiba, dice de las mujeres Chiriguano : « miembros gráciles y activos y, sobre todo, un aire de casta y modesta pureza que impuso casi la admiración y el respeto de toda nuestra compañía » (1).

Seguramente ocurren entre los Chiriguano actos de inmoralidad como en todas las aldeas del mundo, pero son excepciones y severamente reprobados por la moral. Como Nordenskiöld, he admirado la disciplina de estos pueblos : « Las muchachas Chaneses y Chiriguanas de estricta moralidad son vigiladas por su madre, no tienen aventuras y no admiten visitas de hombres a domicilio » (2).

No cabe más que reír cuando se lee en la obra del Padre de Nino una semejante declaración : « Parece no existiera otra raza como la Chiriguana en Bolivia que dé, como ninguna rienda suelta a las pasiones, especialmente lúbricas. Una doncella que comete una acción mala, es gloria de su madre, quien está contenta con decir que ya su hija es mujer, apta para ello. »

Campana (pág. 35) declara, basándose sobre los datos del Padre Giannechini, que entre las Chiriguano hay prostitutas (3). Algunas madres darían de beber a sus hijas una bebida especial que las esterilizaría y las obligaría a entregarse a los hombres durante las borracheras. El Padre de Nino, con su énfasis habitual, confirma el testimonio del P. Giannechini, si no lo copia : « Estas desgraciadas mozas, huérfanas por lo regular, terminado el período de la pubertad, toman el venenoso brebaje, sufren bastante cuando no sucumben, se esterilizan y se entregan a las orgías en tiempo de las bebidas generales que es lo más inmundo que pueda haber, porque en ella se ofende la moral con palabras y cuentos muy licenciosos, con risas y carcajadas estrepitosas de hombres y mujeres, con la mirada, y por último con los hechos, aunque a conveniente distancia de dichas reuniones » (4). No quiero negar la autenticidad de estos hechos, pero sería bueno saber si también no ocurren en las comunidades corrompidas y decadentes. Puedo asegurar una cosa : las mujeres Chiriguano que acompañan a los hombres a los ingenios, nunca se entregan a la prostitución como las demás indias del Chaco. Creo que en este caso como en otro, los padres han sacado conclusiones abusivas de ciertos hechos aislados y las han utilizado con un fin apoloético.

Opondré a las declaraciones apasionadas del buen Padre franciscano lo que dice al respecto del mismo asunto un misionero jesuita del siglo

(1) J. ANTONIO KING, *Veinticuatro años en la República Argentina*, 52, Buenos Aires, 1924.

(2) NORDENSKIÖLD, *ibid.*, 178.

(3) DEL CAMPANA, *ibid.*, 35.

(4) NINO, *ibid.*, 118.

XVIII, el padre Chomé: « Lo que más me sorprendió, es que en la licencia en que viven, nunca pude notar que escapase a un hombre la menor acción indecente hacia una mujer y nunca oí de su boca palabra deshonesta ».

Las mujeres abandonadas por su marido o muchachas seducidas, emplearían, para lograr el aborto, la raíz de una planta llamada *kurugua* tomada en infusión (1).

Algunos casos de suicidio citados por misioneros echan cierta luz sobre la fuerza de los sentimientos afectivos entre los Chiriguano. Mujeres cuyos amores han sido contrariados, que experimentan celos muy vivos, que son maltratadas o que sufren reproches injustos del marido, no vacilan en darse la muerte con sus propias manos (2). Lo mismo sucede con hombres de edad engañados por su mujer y que no se atreven a echarla de la casa (3).

Al tomar tal resolución, las víctimas abrigan sin duda la esperanza de que podrán vengarse de su infortunio una vez separada el alma de su cuerpo. El espíritu del muerto se convertirá en demonio que perseguirá al autor de su desgracia.

Ignoro el comportamiento de la mujer en el amor físico. En una obra superficial hallé los siguientes datos: « La mujer tiene que observar una pasividad completa. Se presta y hace alarde del más gran estoicismo, pues a la menor manifestación exterior el hombre se enojaría. » El Chiriguano expresa su descontento y su reprobación que « él es el macho » Desprecia a su compañera que, según dice, sale del rol puramente pasivo (4).

LA PREÑEZ Y EL ALUMBRAMIENTO

Durante la preñez la mujer Chiriguano observa varios tabues que enumeraré cuando hable de sus relaciones con la magia y la religión.

Cuando llega el alumbramiento queda en la choza con una amiga que

(1) DEL CAMPANA, *ibid.*, 35. El padre Corrado pretende que en la nación Chiriguano los abortos son muy frecuentes: « Procuranlo casi siempre las solteras, instigadas por las viejas que les administran pócimas para ello, y aun las fuerzan a tomarlas. No es de todo raro que con el infanticidio venga la desnaturalizada madre en la inocente prole el abandono del consorte » (*ibid.*, 47). Como Nordenskiöld ya lo suponía (*ibid.*, 208), la afirmación del historiador franciscano me parece muy exagerada y el ejemplo que da poco convincente. Casos idénticos ocurren entre nosotros sin que se pueda acusarnos de practicar sistemáticamente el aborto.

(2) DEL CAMPANA, *ibid.*, 37.

(3) NINO, *ibid.*, 120.

(4) MARQUÉS DE WAWRIN, *Les derniers indiens primitifs du bassin du Paraguay*, 27, París, 1926.

hace de partera. Fajan con cintas, pañuelos u otras cosas el cuerpo de la puérpera y la colocan boca abajo sobre la arena (1). El mismo día, o dos o tres días después, la enferma va al río para lavarse y se tiñe de *urucú* (2). Reanuda sus trabajos domésticos después de una semana más o menos.

Antes se mataba a los niños deformes. Ahora se los deja vivir y por eso es que Nordenskiöld y yo hemos visto a niños estropeados de nacimiento (3). Antaño sólo uno de los mellizos tenía derecho a la vida. La pena de muerte que caía sobre uno de los mellizos o sobre los pequeños monstruos procedía de temores supersticiosos y tal vez de miedo al ridículo. Muchos pueblos primitivos consideran a los mellizos como hijos de espíritus malignos.

Los chicos son amamantados durante muchos años y no es raro ver niños de tres a cuatro años interrumpir sus juegos para ir a apagar su sed en el seno materno. Durante todo este largo período la mujer se precave para no tener hijos y usa con tal objeto substancias abortivas, pero estas prácticas no son llevadas a la categoría de institución como entre los demás pueblos chaqueños.

Las madres, sobra decirlo, adoran a sus hijos, los rodean de cariño y nunca los castigan. Si tienen que dejarlos para ir al campo los entregan al padre o más bien a la abuela. Esta es quien adopta a los niños si la madre se casa o muere.

LA MUJER EN LA GUERRA

Como muchos pueblos primitivos, los Chiriguano establecen una relación entre los actos ejecutados por una mujer y el estado o la suerte de su marido. Así como en Polinesia cuando los hombres van a la pesca o a la guerra, las mujeres en casa tienen que observar varios tabues para no malograr su empresa, las mujeres Chiriguano están obligadas a cumplir ciertos ritos de carácter mágico durante todo el tiempo que sus maridos se exponen a los peligros de las batallas.

Antaño, cuando los Chiriguano podían aún atacarse mutuamente, las mujeres contribuían en la medida de sus fuerzas al éxito final. No bien los hombres habían resuelto declarar la guerra, las mujeres se

(1) NINO, *ibid.*, 209. «Entonces la puérpera — escribe el padre Corrado — se recuesta desnuda, y con el vientre fuertemente apretado con un cordel o faja, sobre el suelo cubierto de arena; y a su lado, se echa también en una hamaca su marido. Ambos pasan así varios días sin moverse de su cabaña, y contentándose por todo alimento con algunos puñados de *atirusu* y pocos tragos de *cangué*» (*ibid.*, 51).

(2) DEL CAMPANA, *ibid.*, 72.

(3) NORDENSKIÖLD, *ibid.*, 207.

reunían en la plaza asidas de la mano para bailar y cantar vueltas en dirección al enemigo. Entonaban en coro un himno bélico, levantando y bajando las manos y saltando a pies juntillas. He aquí la traducción de dicho canto guerrero: « Mentiroso, fanfarrón, ya se difunde la noticia de lo que te voy hacer, por eso iré a buscarte, oh ojo de halcón envidioso, los guerreros te harán morir en un lago. » Las mujeres interrumpen de vez en cuando estas estrofas para insultar al adversario con el grito de *Kuña pochi, kuña pochi*, mujeres malas, mujeres malas (1).

Cuando la tropa sale, las mujeres la acompañan aullando, exhortando a los soldados a conducirse como varones fuertes, a no caer con vida en manos del enemigo y a tomar prisioneros. El enemigo debe ser aniquilado y sus cráneos han de convertirse en vasos para beber chicha. Que los soldados se muestren hombres y no mujeres y que vuelvan victoriosos para beber la chicha que prepararán.

« Mientras los hombres combaten o van a la lucha, las mujeres levantan sus plegarias al sol (1), echan al aire arena o ceniza en dirección del enemigo y en tono demasiado triste, derramando lágrimas sinceras que hacen conmover a cualquiera, dicen en alta voz *Tiamini, cheru cuarasi, tuguaicho pochi, tiamini, tiaminiete, tumano pochi*. « Que sean derrotados, mi padre sol, los pérfidos enemigos, que sean derrotados, derrotadísimos, que mueran los malvados. » Mientras dura la guerra, es ley que las mujeres y sus hijas no deben sentarse acurrucadas, sino con las piernas tendidas hacia adelante, para que sus padres y maridos que se hallan en campaña, no experimenten cansancio alguno » (2).

Las mujeres de un pueblo asaltado por el enemigo, cantan sus himnos con más furia. Si el combate es netamente desfavorable a los suyos, echan ceniza para ofuscar la vista del enemigo y los niños esparcen arena para que el enemigo se disuelva como la arena en el aire.

Si los hombres resultan victoriosos, las mujeres van a su encuentro con gritos y cantos y se dan el placer de insultar y de maltratar a los presos. Cubren de denuestos las cabezas de los enemigos muertos, las patean y les hacen dar la vuelta al pueblo para que vean las tinajas llenas de chicha que han preparado para los vencedores (3).

Si las mujeres muestran en la guerra tanto ardor y fiereza, después de las hostilidades son ellas que, por lo general, piden la paz y que sirven de intermediarias para conseguirla.

(1) DEL CAMPANA, *ibid.*, 125.

(2) NINO, *ibid.*, 280-281.

(3) DEL CAMPANA, *ibid.*, 127.

LA MUJER EN LA RELIGIÓN Y EN LA MAGIA

En los capítulos anteriores se ha dejado de lado todos los ritos y las supersticiones que ponen en evidencia la importancia del papel que la mujer Chiriguano desempeña en las prácticas y en las creencias mágico-religiosas. El hombre se halla expuesto a influencias malignas de parte de espíritus invisibles o de hechiceros malévolos, pero la mujer por su naturaleza íntima se halla aún más amenazada, principalmente en los momentos críticos de su vida fisiológica. Debe por lo tanto someterse a una infinidad de restricciones cuyo origen escapa a nuestro entendimiento y al de los indios pero que al no ser tomadas en consideración la expondrían a graves peligros.

Uno de los momentos más terribles en la existencia de la mujer corresponde a la aparición de las primeras menstruaciones. Las jóvenes están en este período sujetas a fenómenos místicos, inexplicables, que ponen su vida en el mayor peligro. Los Chiriguano atribuían la sangre menstrual a la picadura de una víbora que trata de abusar de la mujer. Las prácticas rigurosas que observan en esta ocasión son interpretadas como medidas defensivas contra este monstruo y contra todos los maleficios de que puede ser víctima la muchacha.

Después de que se han manifestado los primeros síntomas de la pubertad, la joven es colocada en una hamaca que cuelgan cerca de la techumbre de su choza y queda allí durante cuatro días sin decir una palabra y sin comer, « porque si hablara o pidiera algo la desgracia se manifestaría ». Al quinto día le lavan la cabeza, le rapan el pelo y la ocultan en un rincón de la choza detrás de una estera de cañas o cortinaje de trapos. Durante ocho días permanece en su encierro con el rostro hacia la pared y alimentándose únicamente de maíz hervido y de un poco de carne. Si comiera maíz tostado, sus senos se secarían y si tomase chicha, quedaría estéril.

Al terminar los ocho días, el ayuno sigue pero no con tanto rigor. La muchacha se entretiene en hilar y en tejer, sin salir de su escondrijo, hasta la venida del nuevo período. Cuando éste se manifiesta la joven es colocada en su hamaca en la cual reposa durante algunos días para volver después a su encierro que no abandona hasta que sus cabellos hayan crecido, es decir, de diez a doce meses.

En el siglo XVIII se solía organizar, según cuenta el Padre Chomé (1), al tercer mes de su encierro, una batida para expulsar la serpiente que había mordido a la joven. Mujeres armadas de garrotes entraban en la choza golpeando todo lo que se les presentaba hasta que una de ellas declaraba que el reptil había muerto.

(1) ЧОМЭ, *ibid.*, 333.

Mientras dura esta reclusión, las jóvenes no pueden salir del escondrijo sino de noche a una hora avanzada y tomando toda clase de precauciones para evitar los malos espíritus que la acechen y los sortilegios que los hechiceros y demonios malignos han sembrado en la puerta y en el trayecto que debe recorrer. Su madre la acompaña en estas salidas como medida de precaución. Si llegara, por ejemplo, a pisar excrementos de gallina, sus pechos se cubrirían de horribles úlceras.

Mientras viven así reclusas, las muchachas deben dar pruebas de actividad y obedecer ciegamente todo cuanto les ordenan sus padres. Al principio de su retiro, escuchan los consejos y las amonestaciones de su madre sin proferir palabra, sin levantar la vista y sin menear la cabeza. Tampoco admiten que se les dirija la palabra y sólo los padres pueden comunicarse con ellas. Sobre la casa donde hay una muchacha menstruante, cuelga un tabú y los indios se abstienen en lo posible de frecuentarla (1).

Las jóvenes que han pasado por estas pruebas son consideradas como adultas y dejan de pronunciar ciertas palabras infantiles para reemplazarlas por otras reservadas a las mujeres. Es así, por ejemplo, que ya no dicen *uu* por « sí », sino *hée* (2).

La niña púber, cuando es autorizada a ingresar nuevamente a la vida normal, se pinta la cara con *urucú* (achiote), se adorna con collares, viste sus mejores *tipoy* en las fiestas donde es festejada por los jóvenes galanes. « Poco a poco va perdiendo ese recelo muy natural en las niñas, y adquiere franqueza para contestar bastante claro a las personas que la interrogan, cualesquiera que fuese, manteniéndose siempre en los límites de la moralidad » (3).

Estas costumbres han caído en desuso en la actualidad y sólo se observan tal vez en lugares apartados y en una forma atenuada. Sin embargo, hasta la fecha, toda muchacha que ha tenido sus menstruaciones se pinta la cara con lo que indica que es apta para el matrimonio y puede ser cortejada (4).

(1) « Allí inaccesible a todos (menos a alguna estrecha parienta, que la sirve y acompaña en las necesidades inescusables), guardando estricto silencio y la referida dieta de *atiraru*, permanece oculta algunos meses (y las más escrupulosas un año entero) para preservarse de los tremendos infortunios, en que de otra suerte incurría, y que no pudieran detallarse sin ofensa del pudor » (*ibid.*, 51).

(2) Entre los Chiriguano no existe un idioma especial de las mujeres. Sin embargo, como en todas las lenguas de los pueblos primitivos, y aun en las nuestras, existen en el lenguaje palabras que son exclusivamente empleadas por las mujeres.

(3) NINO, *ibid.*, 226.

(4) Sobre los ritos de pubertad puede consultarse DEL CAMPANA (*ibid.*, 85-86), CORRADO (*ibid.*, 51), NINO (*ibid.*, 222-227) y NORDENSKIÖLD (*ibid.*, 210). La primera mención que tenemos de las prácticas impuestas a las jóvenes Chiriguano cuando

RITOS OBSERVADOS ANTES Y DESPUÉS DEL ALUMBRAMIENTO

Los fenómenos de la preñez son para el primitivo tan inquietantes y misteriosos como los de la pubertad. La mujer está expuesta a peligros idénticos y exigen las mismas precauciones y las mismas medidas para aumentar su fuerza vital. Cuando una mujer se siente preñada, empieza por pintarse y observa tabúes alimenticios: no puede especialmente comer palomas o maíz tostado si quiere que sus senos no se sequen. Tiene que hacer una olla nueva para comer su maíz hervido si quiere que su criatura no padezca de epilepsia. Después del alumbramiento, vuelve a pintarse con *urucú*. Estos hechos bien prueban que la pintura roja tiene, en estos casos, un valor mágico debido sin duda a su parecido con la sangre. Como es sabido, los Chiriguano, como todos los pueblos Guaraníes, practican la *couvade*, es decir, que después del alumbramiento el marido se pone en cama, deja de trabajar y ayuna varios días. Si no tomara estas medidas el niño caería enfermo o moriría (1).

LA MUERTE

Los lazos estrechos que unen la mujer a su marido crean entre ambos una especie de simbiosis que expone a la primera a graves peligros cuando su cónyuge muere.

Durante la agonía, las mujeres rodean al moribundo haciéndole mil caricias y comprimiéndole el pecho y la boca para impedir la salida del espíritu. En el momento que el marido exhala el último suspiro, la mujer lanza un gran grito para anunciar su muerte. En seguida empiezan los lloriqueos y las lamentaciones rituales: «¿Por qué me has dejado— grita— oh mi padre, oh buen padre de mis hijos? ¿Quién en lo venidero me traerá leña, y quién sembrará maíz? ¿Acaso no te he querido fielmente cuando vivías? ¿Acaso no he criado con amor a los niños que me diste? ¿Por qué me has abandonado, por qué has dejado a tus hijos en la miseria?» Se lamenta así durante mucho tiempo y mezcla en sus invocaciones a los muertos, imprecaciones horribles contra los hechiceros que han causado todo el mal. Mientras los demás celebran las exequias con cla-

la primera menstruación, figura en la carta del Padre Chomé y data del siglo XVIII: *Lorsqu'une fille a atteint un certain age, on l'oblige a demeurer dans son hamac qu'on suspend au haut du toit de la cabane; le second mois on baisse le hamac jusqu'au milieu; et le troisième mois des vieilles femmes entrent dans la cabane armées de batons; elles courent de tous cotés en frappant ce qu'elles rencontrent, et poursuivant a ce qu'elles disent, la couleuvre qui a piqué la fille, jusqu'a ce que l'une d'elles mette fin a ce menage, en disant qu'elle a tué la couleuvre (ibid., 333).*

(1) NORDENSKIÖLD, *ibid.*, 206; NINO, *ibid.*, 209 y siguiente; DEL CAMPANA, *ibid.*, 72.

morosos plañidos, la viuda o la parienta más cercana sostiene el cadáver entre sus brazos.

La viuda observa rigoroso ayuno (1) y al día siguiente del entierro se corta el pelo mirando hacia el Oriente y lo pone sobre la tumba del difunto donde queda hasta que la mujer lo quema, aunque dicen que esta última operación les causa dolores de cabeza (2).

« La viuda es quien más tristeza manifiesta. Cuando se enjugan las lágrimas que corren sobre sus mejillas tratan de hacerlas caer sobre la tumba o amasan con ellas un poco de tierra y de saliva formando bolitas que colocan en el lugar donde reposa el difunto. Con piedras golpea sobre este sitio llamando al desaparecido con expresiones de entrañable cariño. » (Campana, pág. 1).

El duelo de una viuda dura más o menos un año. Cubre su cabeza con un trapo sucio y tiene la obligación de llorar cuatro veces al día: por la mañana temprano, a mediodía, a la puesta del sol y a media noche. Queda por lo general encerrada en su choza y no sale sino en caso de necesidad. Sólo cuando sus cabellos han crecido bastante puede reanudar sus actividades acostumbradas, por lo común después de diez o doce meses.

Si la mujer es parienta de algún jefe, celebran para ella al fin de este período una fiesta en la cual abandona el duelo. Algunos días antes de la invitación, uno de los parientes va a visitarla para invitarla a vivir como solía antes de su viudez. « De sobra ha llorado — le dice el emisario — se ha desesperado por la muerte del esposo, lo que bastante prueba que su corazón era generoso. Pero por causa de los malos *ippayes* la muerte es la suerte común de todos, ¿ por qué seguir lamentándose, sin querer beber en las fiestas la chicha que Aguara-tunpa les dió? Que se aliente un poco y que venga a la fiesta que celebrarán en su honor. » La mujer empieza por resistirse. « No tiene ánimo para ello. ¿ Cómo podría olvidarse de su esposo si todo se lo hace recordar? » El pariente insiste y acaba por ceder aunque de mal grado.

El día de la fiesta se pone sus mejores vestidos y sus más suntuosos ornamentos y se libra del duelo. Desde entonces no tiene obligación de llorar más que una vez por día a la mañana y puede volver a casarse, lo que hace si no es demasiado vieja. Las esposas de los *tubischa* no pueden volver a casarse: son casi sagradas e incurrirían en el desprecio general si no observasen castidad en su viudez. La mujer que queda indiferente a la muerte del marido, puede difícilmente volver a casarse (3).

(1) Si comiera maíz tostado, sus lágrimas se secarían, si tomara *Kawichi* (especie de mazamorra) le arderían las entrañas (CORRADO, *ibid.*, 53.)

(2) Según Corrado, las parientas en primer grado se cortan todos los cabellos y los colocan sobre la sepultura, dejándolos allí diez días (*ibid.*, 53).

(3) DEL CAMPANA. *ibid.*, 114-117; NINO, *ibid.*, 290-296.

PRÁCTICAS MÁGICAS OBSERVADAS POR LA MUJER EN LA VIDA DIARIA

No es solamente en las épocas críticas de la existencia que la mujer debe sujetarse a restricciones mágicas o religiosas y que fuerzas oscuras de la naturaleza se manifiestan.

Los Chiriguano atribuyen a la fermentación de la chicha causas mágicas debidas a las propiedades misteriosas de la saliva. Es verosímil que establezcan una « participación » entre los fenómenos cuyo teatro es el cuerpo de la mujer y las virtudes de su saliva. El hecho es que la preparación de la chicha tiene carácter algo mágico y exige de las mujeres que sean embijadas con *urueú* (achiote). Así pintadas se parecen a « lindos demonios » para servirnos de la expresión de un viajero francés que ha asistido a la preparación de esta bebida entre los Tupinamba del Brasil, hermanos de nuestros Chiriguano.

La mujer que quiere modelar una tinaja se pinta la cara. Ninguna mujer preñada puede acercarse a una hoguera durante la cocción de una tinaja. Si lo hiciese, la tinaja reventaría.

Este estudio es forzosamente incompleto, pues para no serlo exigiría una larga permanencia entre los indios y un conocimiento profundo de su lengua unido a una gran intimidad. Sin embargo, estoy convencido de que las observaciones reunidas aquí pueden servir de base a estudios ulteriores y señalar la importancia de las investigaciones dirigidas en este sentido.

INDICE

A. MÉTRAUX, La religión secreta y la mitología de los indios Uro-Chipaya de Carangas (Bolivia).....	7
A. MÉTRAUX, Civilización material de los indios Uro-Chipaya de Carangas (Bolivia).....	85
A. MÉTRAUX, El Universo y la Naturaleza en las representaciones míticas de dos tribus salvajes de la República Argentina.....	131
A. MÉTRAUX, La mujer en la vida social y religiosa de los indios Chiriguano.	145

—